

EL MURCIÉLAGO

por JACK PICKFORD

y LOUISE FAZENDA



36

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60
cts

EL MURCIÉLAGO

BIBLIOTECA PERLA

EL MURCIÉLAGO

SUPERPRODUCCIÓN CINEMATOGRAFICA BASADA EN
LA NOVELA DE MARY ROBERTS Y AVERY HOPWOOD
INTERPRETADA POR LOS CELEBRADISIMOS ACTORES

JACK PICKFORD

Y
LOUISE FAZENDA

VERSIÓN LITERARIA DE
AGUSTÍN PIRACÉS



EXCLUSIVA

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

RAMBLA DE CATALUÑA, 62: BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PARÍS, 204 - BARCELONA



EL MURCIÉLAGO

I

La populosa y cosmopolita ciudad de Nueva York se hallaba, desde hacía algún tiempo, justamente aterrorizada por las hazañas de un misterioso bandido a quien la ardencia de sus robos y la forma, por demás original y misteriosa que empleaba para realizarlos, había redado en poco tiempo de una aureola de popularidad.

Se llamaba a sí mismo «El Murciélagó».

Y, disfrazado con un ropaje a propósito, cubría la cabeza con una máscara que reproducía fielmente los rasgos del siniestro pajarro, caía sobre las fincas, sobre los hoteles, sobre los establecimientos importantes, que saqueaba ferozmente, huyendo luego sin dejar rastro.

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO 6-104 BARCELONA

Haciendo honor á su apodo, los golpes los realizaba siempre de noche.

La policía, alarmada, se había movilizad, mas, a pesar de sus loables esfuerzos, no solamente no había logrado capturar al misterioso ladrón, sino que ni siquiera había conseguido evitar ninguno de los robos que, con un cinismo imponderable, avisaba él mismo por diversos medios antes de realizarlos.

Los grandes rotativos neoyorquinos habían emprendido una activa campaña, excitando el celo de las autoridades para que vieran de poner término a las fechorías del misterioso y audaz ladrón, y se dirigían acres censuras contra el jefe de policía por la esterilidad de los esfuerzos realizados por los agentes a sus órdenes para dar caza a «El Murciélago».

No era sólo la policía oficial la que estaba aunando sus esfuerzos para librar a la enorme capital de su pesadilla, sino también la privada. Un enjambre de detectives particulares, a sueldo de los grandes Bancos, de las empresas importantes, de los grandes potentados, ejercía una activa vigilancia en todos aquellos lugares que pudieran ser blanco de los golpes del desconocido ladrón.

Algunas de las casas perjudicadas habían ofrecido premios importantes a quien pudiera dar indicios sobre el bandido, o contribuyese, en una u otra forma, a su captura.

Mas todo era en vano. «El Murciélago» seguía operando y en la mayor impunidad.

El jefe de policía, junto con todo el enjambre de agentes de que disponía, multiplicaba sus esfuerzos, sin el menor resultado.

Cada noche se hacían registros minuciosos en los barrios bajos de la capital, deteniendo a cuantos individuos daban lugar, por su conducta, a sospechas. Se les interrogaba hábilmente, en la esperanza, si no de detener al propio «Murciélago», de descubrir a alguno de sus encubridores. Nada! El «enigma» seguía impenetrable, y el bandido seguía burlándose de sus perseguidores, enviando incluso al jefe de policía irónicas misivas en las que le aseguraba que nunca llegarían a dar con él.

Llegó un momento en que incluso la gente maleante, por un espíritu egoísta de conservación, llegó a desear la captura o el vencimiento definitivo del audaz «Murciélago». En efecto: era tal el nerviosismo que se había llegado a apoderar de los agentes de la policía, que detenían a diestro y siniestro a todo el mundo que vivía burlando la ley, creyéndoles cómplices del bandido. Cierta que, al cabo de pocos días, eran puestos todos los detenidos en libertad, una vez comprobado que nada tenían que ver, pero ello les estorbaba sus negocios ilícitos, haciéndoles vivir en una zozobra perpetua.

A tal extremo llegaron las cosas, que una comisión de fuerzas vivas de la población acudió a visitar a las autoridades, haciéndoles ver que la situación se hacía insostenible, y que era una cosa depresiva para

Nueva York y su servicio de policía que no se pudiera dar con «El Murciélago». Se habló de unidad de frente, de cooperación entre los detectives privados y los agentes oficiales de seguridad, y, al final de la entrevista, se convino que, desde el día siguiente, se crearía una brigada especial, al frente de la cual sería puesto uno de los más celosos e inteligentes inspectores, cuya única misión sería apoderarse de «El Murciélago».

Aquella misma noche fué entregada a la prensa una larga nota oficiosa dando cuenta de las disposiciones tomadas, que aseguraban una mayor eficacia a las gestiones que se habían realizado hasta entonces, conducentes a dar fin a aquel anormal estado de cosas. La población, un poco esperanzada, respiró, pensando, no sin razón, que ahora que se iban a concentrar todos los esfuerzos dispersos, había de ser muy hábil el ladrón para que no cayese en breve tiempo en las redes que la brigada especial se disponía a tenderle.

Sin embargo, una vez más fracasaron tan loables intenciones. Pocos días más tarde, «El Murciélago» repetía sus hazañas, con más cinismo que nunca, y la población neoyorquina preguntábase con angustia y espanto qué medidas era preciso tomar para llegar al definitivo vencimiento del bandido, contra cuya audacia se estrellaban todos los esfuerzos y todas las tentativas.



II

En una de las más lujosas avenidas de la población tenía enclavada su casa señorial el millonario Gaudencio Bell, uno de los reyes de las finanzas y de la industria neoyorquinas.

Gaudencio Bell, de origen humilde, como muchos de los potentados norteamericanos, no había querido, una vez se halló en el pináculo de la opulencia, continuar tomando parte activa en sus negocios. Prefiriendo a la fiebre de las especulaciones el dulce reposo de su hogar confortable, había vendido las acciones de sus empresas a un poderoso grupo financiero, colocando sus millones en varios Bancos de reconocida solvencia y retirándose a la vida privada.

No era el amor a la familia lo que impulsaba a Bell a abandonar la lucha comercial.

Gaudencio era solterón empedernido y carecía de parientes. Un poco misántropo, tenía como única pasión el coleccionismo, en sus más diversos aspectos. Cuadros valiosos, antigüedades, joyas de gran valor, intrínseco o histórico, constituían su única pasión. Su casa era un museo, digno de un moderno Creso.

Hacia poco tiempo que había adquirido, por un precio fabuloso y sin precedentes en la historia del negocio de pedrería, las famosísimas esmeraldas Favre, montadas en magnífico collar, cuya posesión se disputaban, con crecidas ofertas, las más bellas y ricas mujeres del universo, incluso algunas testas coronadas.

Gaudencio se mostraba orgulloso de la posesión de tan preciado tesoro, que guardaba en una de sus cajas de caudales, cerrada con cuádruple secreto de letras y cifras.

Y he aquí que, al cabo de pocos días de tener en su poder las esmeraldas, el correo le trajo una carta, escrita a máquina y en papel blanco, que abrió sin sospechar de qué se trataba.

Cuando la hubo leído, la sorpresa y el terror que experimentó fueron tales, que un grito de espanto se escapó de su garganta.

He aquí lo que tenía bajo su vista:

«Señor don Gaudencio Bell.

Presente.

Muy señor mío:

Tengo el gusto de participar a usted que esta noche,



Culla, qué no le digan... Tomás

a las doce en punto, pienso robarle las esmeraldas Favre.

Ya ve que soy correcto, porque le aviso con tiempo para que pueda tomar las necesarias disposiciones y encargar a la policía que vigile el edificio, precaución inútil, porque nadie podrá detener a su afectísimo ladrón que atentamente le saluda,

«EL MURCHILAGO.»

Bell, afectadísimo, cogió el teléfono y llamó al jefe de policía, explicándole lo ocurrido.

El alto funcionario le contestó con frases breves,

anunciándole que inmediatamente iría a su casa acompañado de sus mejores agentes.

Un cuarto de hora más tarde, el jefe de policía, con seis individuos a sus órdenes, descendía de su lujoso «Rolls» delante de la espléndida mansión de Gaudencio Bell y penetraba en el interior de la misma.

El potentado le recibió con muestras de la mayor consideración.

— Agradezco a usted muchísimo la atención que ha tenido para conmigo — le dijo — y no dudo que el éxito le acompañe, consiguiendo esta vez evitar el golpe que prepara este miserable.

— Esté usted tranquilo, que el servicio de vigilancia se montará de una manera perfecta, y todas las tentativas fracasarán por completo.

— Así lo espero — repuso Bell.

En la casa se efectuó un minucioso registro. Gaudencio mostró al jefe y a sus subordinados la disposición de todas las habitaciones, sus medios de comunicación y puertas de acceso, a fin de que pudieran cortar el paso al ladrón cuando éste se presentase; un pelotón de agentes, llamados urgentemente a la jefatura, acudieron con rapidez, ocupando todos los lugares estratégicos. En fin: se tomaron todas las precauciones y medidas imaginables, después de lo cual, Bell y el jefe se retiraron al lujoso comedor de la casa, a fin de cenar juntos.

— ¡Me parece — dijo el jefe con aire de triunfo cuando hubo terminado el ágape — que esta vez

«El Marciélag» se va a llevar un chasco soberano!

— ¿Cree usted que vendrá? — interrogó ansiosamente el millonario.

— Me temo que no, y lo siento. Cuando vea que todo está cuidadosamente vigilado, optará por marcharse con el rabo entre piernas. ¡Y yo querría que ocurriese todo lo contrario, porque, tal como tengo dispuestas las cosas, es seguro que, de presentarse aquí, no escaparía a la celada que le hemos tendido!





III

En el magnífico reloj que adornaba el salón central de la señorial mansión de Gaudencio Bell dieron las doce.

Un suspiro de satisfacción salió del pecho del millonario. «El Murciélago» no se había presentado!

— Lo dicho — exclamó con tono de triunfo el jefe de policía. — El pájaro ha visto que le íbamos a cazar y ha optado por poner pies en polvorosa.

Lleno de alegría al ver fracasadas las amenazas del fantástico ladrón y segura en su poder la famosa alhaja, Gaudencio se dirigió hacia el lugar en que se hallaba la caja de caudales donde guardaba las esmeraldas.

Esta se hallaba situada en un ángulo de una espaciosa habitación, al lado del cual una ventana de cristales daba a la calle.



Sobre todo, Tomás, ten cuidado de que no te descubran...

Hizo funcionar el secreto de la caja el millonario y la caja se abrió lentamente, girando su puerta sobre los bien enlucados goznes.

Tomó en sus manos el valioso collar, y una vez más en su vida se extasió en la contemplación de aquel tesoro.

Un ruido seco le hizo estremecer.

Un cristal de la ventana cayó hecho trizas, y una mano, diestramente dirigida, se enlazó a su cuello, mientras otra se apoderaba del collar.

La ventana se abrió violentamente y Gaudencio,

arrastrado por una fuerza irresistible, se precipitó en el vacío, yendo a estrellarse contra las losas del pavimento de la calle, ante los propios ojos de los policías.

En cuanto al «Murciélago», que se había descolgado por una cuerda desde el terrado, desaparecía vertiginosamente con el valioso botín que le valiera su hazaña, sin dar lugar a los agentes de la autoridad ni siquiera a apuntarle sus revólveres.

El desconcierto que se apoderó del jefe de policía y de sus subordinados no es para descrito.

Era el vencimiento definitivo de todos los esfuerzos, el fracaso estrepitoso de todos los preparativos.

El jefe de policía y sus agentes se miraron entre sí, sin saber qué hacer ni qué partido tomar.

Y he aquí que, de pronto, cayó ante los pies del propio jefe, arrojado desde un tragaluz, un pedazo de papel doblado en cuatro pliegues, que se apresuró a recoger.

Era una hoja blanca, recortada en forma que reproducía la silueta de un murciélago. En medio se hallaban escritas las siguientes líneas:

«Al Excelentísimo e Ilustrísimo señor Jefe Superior de Policía de Nueva York.

«Adiós, hasta otra. Me voy al campo, a descansar del vuelo de esta noche, que bien merecido lo tengo después de lo provechoso del golpe.

«EL MURCIÉLAGO.»

«¡Esto no puede seguir así! — gritó el burlado funcionario, lleno de rabia y de desesperación. — O yo dejo mi cargo para siempre, o antes de una semana llevo al «Murciélago» a la silla eléctrica!

El escándalo y la emoción que en todas las esferas produjo la nueva hazaña del bandido fué enorme.

Oficiosamente se indicó al jefe de policía la conveniencia de recurrir a otros medios.

Uno de éstos consistía en acudir al concurso del famoso detective Moletti, cuyo renombre era mundial.

Envíósele una carta, ofreciéndole una crecida remuneración si aceptaba trasladarse a Nueva York para ocuparse de aquel asunto. Moletti, a vuelta de correo, contestó dando su conformidad y anunciando que inmediatamente se ponía en camino.

Nuevamente se concibieron esperanzas sobre la captura de «El Murciélago». Moletti había descubierto infinidad de robos, capturado a numerosos bandidos y se le tenía por el «as» del detectivismo moderno.

Desde el golpe de las esmeraldas Favre no se había oído hablar más de «El Murciélago». ¿Temía, esta vez, sucumbir ante la perspicacia y el valor del enemigo ante quien se le enfrentaba? ¡Misterio! Lo cierto es que habían pasado varios días, y el siniestro pájaro no daba señales de vida.





IV

Eran las once de la noche. El mayor silencio rodeaba el edificio de la Banca Oadkale, una de las más poderosas de Nueva York.

Un hombre, vestido con una ancha capa, cubierta la cabeza con una máscara, trepaba por el terrado del edificio.

Era «El Murciélago».

Cuando abría los brazos, los extremos de la capa, sujetos a sus puños, extendíanse como las alas del pájaro cuyo nombre había adoptado.

El desconcertante ladrón no espaciaba mucho sus audacias y cernía el vuelo sobre el poderoso establecimiento de crédito.

Y he aquí que, cuando «El Murciélago» se disponía a romper el tragaluz de una claraboya para penetrar dentro del edificio, contempló un espectáculo

por demás curioso y que le hizo detenerse en su propósito.

Un hombre, cuyo rostro no distinguí, por hallarse encorvado haciendo un enorme paquete de valores, estaba robando el contenido de una de las cajas de candales!

¿Quién podía ser aquel hombre que se le había anticipado en el designio de despojo?

Su propósito delictivo cedió el paso a una investigación policial.

Descolgóse por la cuerda que le había servido para ascender y, ocultándose dentro de su automóvil, que le aguardaba a la puerta, esperó.

A pocos metros, un coche, cuya matrícula anotó cuidadosamente, se hallaba detenido.

Era, indudablemente, el del misterioso ladrón.

No se equivocaba «El Murciélago».

A los pocos instantes, un hombre, envuelto en un amplio abrigo, con el cuello subido, lo que hacía imposible distinguir su fisonomía, se acercó al vehículo.

Bajo el brazo llevaba una enorme y abultada cartera, en la que, a todas luces, debía ocultar el producto de su rapiña.

Saltó dentro del auto, puso el motor en marcha y desapareció a toda velocidad.

«El Murciélago», cauto, esperó un momento. Después hizo lo propio y salió en persecución del ladrón.

Premeditadamente le había dejado adelantarse

más de doscientos metros. Mas él recordaba fijamente el número de la matrícula y estaba seguro de que no se le escaparía.

Más de una hora tuvo que correr el coche del «Murciélago» para llegar al final de su carrera.

El automóvil de su *competidor* se había detenido ante una casa aislada, situada extramuros de Nueva York, y que pertenecía, precisamente, a Conrado Fleming, Presidente de la Banca Oakdale.

El inmueble había sido construido, precisamente, bajo los diseños de este último, que era arquitecto.

Lo administraba un sobrino suyo, muchacho de-
rochador y juerguista, llamado Ricardo.

En aquel entonces ocupaba la finca una señora, solterona, de unos cuarenta años de edad, llamada Cornelia Van Gorder, que se había retirado allí buscando un lugar en donde refugiar la nerviosidad y el histerismo que le había producido la agitada vida de sociedad neoyorquina.

Con ella vivía su criada Elisa Allen, una mujer de unos treinta y cinco años, y la señorita Diana Ogden, sobrina de Cornelia, muchacha de temperamento independiente, muy hermosa y dada a la vida de salón y de flirteo.

«El Murciélago», hombre muy documentado, conocía todos aquellos detalles.

Cuando vio el coche de su rival en proezas contra la propiedad llegar a la finca, detuvo su auto, lo



He tenido que venir por estas al edecanes y he pensado hacerles una visita...

dejó al pie de la carretera y a pie, a paso de lobo, salió en seguimiento suyo.

Pero, por muy perspicaz que fuera, no pudo ver si el misterioso saqueador de la Banca Oakdale había, efectivamente, entrado en la finca.

A favor de la oscuridad registró el jardín, se encaramó por las paredes, subió hasta el tejado... Todo fué en vano.

Pero «El Murciélago» no era hombre que renunciara fácilmente a sus propósitos. Se propuso descubrir el misterio y resolvió quedarse allí, aun cuando para ello hubiese de arriesgar, si era preciso, su vida.



X

Cornelia Van Gorder acababa de cenar y se disponía a terminar un encaje, distracción favorita suya, cuando bruscamente se apagaron las luces del saloncito donde se encontraba.

— ¡Elisa! ¡Elisa! — gritó. — ¿Dónde estás?

Nadie respondió a su llamada.

Un poco alarmada, Cornelia fué hacia el dormitorio de su criada y hallóla en la ventana con una enorme cadena en la mano que iba dejando ir poco a poco.

— ¿Qué diablos haces allí, Elisa? — la preguntó.

— He leído en el periódico que «El Murciélago» anda por estos alrededores — repuso la criada — y estoy preparándole en el jardín, por lo que pudiera tronar, una trampa de las de cazar osos.

Cornelia sonrió al oír aquellas palabras.

— Y para que «El Murciélago» no pueda escaparse, mire usted lo que hago, señorita.

Diciendo estas palabras, Elisa amarraba solidamente a su cama de hierro el extremo de la cadena que retenía la trampa.

— ¿Y crees que «El Murciélago» anda por aquí? — interrogó Cornelia, asustada.

La muchacha encendió una vela y mostró a su dueña un periódico en cuya primera página se leía, en gruesos caracteres:

«El Murciélago», burlando a la policía, huye con las famosas esmeraldas Favre.

Según el detective Moletti, que acaba de llegar a esta capital, llamado urgentemente por el Gobierno para cooperar a la labor de la policía neoyorquina, el audaz ladrón puede ser, durante el día, comerciante, abogado o médico.

Otro robo sensacional, seguido de asesinato, viene a aumentar la serie de delitos perpetrados por «El Murciélago».

La señora Van Gorder, justamente alarmada, movió la cabeza de un lado a otro.

— Quizá tengas razón, Elisa — dijo. — No estará de más que registremos la casa.

Así lo hicieron, valiéndose de algunas velas que encendió la sirvienta, pues en la finca seguía faltando la corriente eléctrica.

Nada de particular hallaron, salvo en un recinto

destinado a almacén de trastos viejos, de donde arrancaba un respiradero rectangular que llegaba hasta el tejado.

Dentro de la oscuridad había sido colocada una pequeña escalera de mano. Era por allí que había escalado los desvanes el misterioso ladrón de la Banca Oakdale.

— ¿A quién se le ha ocurrido meter aquí esta escalera? — preguntó Cornelia.

— No sé, señorita... — repuso la criada. — Lo único que puedo asegurarle es que no he sido yo.

Y diciendo estas palabras, la quitó de donde estaba, restituyéndola a un rincón, que era su sitio habitual.

— Esta es la casa de Tócame Roque — dijo Elisa cuando hubo terminado la operación. — Luces que se apagan, escaleras que salen de su sitio...

— Las luces se apagan porque en la fábrica de electricidad debe haber alguna avería.

— Como usted diga será, señorita — repuso la criada — pero yo, que por veinte años he estado soportando a su lado el espiritismo, el sufragismo y el reumatismo, le pongo la cruz al *fantasmismo*.

Aún no había terminado Elisa de pronunciar estas palabras, cuando un alarido de espanto y de sorpresa se escapó de sus labios trémulos.

— ¡El Murciélago!

En efecto. En la blanca pared del cuarto acababa de proyectarse bien distintamente la sombra fati-

dica, cuyo solo nombre tenía en perpetuo jaque a todos los policías neoyorquinos.

Era la silueta de un murciélago, grande, negra, espantosa...

— ¡Auxilio! ¡Socorro! — gritaron las dos mujeres a una.

Lentamente, suavemente, la sombra se fué esfumando. Minutos más tarde, la corriente eléctrica funcionó de nuevo y las luces de la finca se encendieron.

Fueron en vano cuantas pesquisas realizaron Cornelia y Elisa para dar con «El Murciélago». Registraron, buscaron, investigaron, pero no se halló la menor huella del siniestro pajarraco.

— No perdamos más tiempo en vano, señorita — aconsejó Elisa. — El pájaro ha volado, seguramente, y todo cuanto hagamos será inútil. Vámonos a dormir, que ya es tarde, y mañana daremos aviso a las autoridades.

No sin el temor consiguiente, ambas mujeres se retiraron a sus respectivos aposentos. Poco a poco se fué calmando su nerviosismo, que no tenía ya ninguna razón de ser, pues en todo el resto de la noche «El Murciélago» no se dignó cerner de nuevo su vuelo sobre la finca de Conrado Fleming.



VI

Ricardo Fleming, sobrino del banquero, como ya saben nuestros lectores, hallábase aquella mañana en su casa tomando el desayuno, cuando su criada le entró el correo y los periódicos, depositándolos sobre la mesa.

Desplegó el joven Fleming maquinalmente el primer diario que le vino a mano y con sorpresa y espanto leyó:

«Robo de doscientos mil dólares en la Banca Oakdale.

El Cajero, Tomás Bailey, buscado por la policía. Conrado Fleming, Presidente de la Banca robada, que se hallaba en Colorado, ha fallecido a consecuencia de la impresión producida por la noticia.

Cuando la alarma entre la Banca local y Círculos sociales.»

No tardó en consolarse Ricardo del disgusto de la muerte de su tío. Las relaciones entre ambos no habían sido muy cordiales, principalmente durante los últimos tiempos, ya que aquél asediaba constantemente con demandas de dinero a éste. Salía a la calle y se dirigía al Círculo donde tenía la costumbre de pasar la mañana jugando o charlando con sus amigos.

En uno de los salones se encontró pocos días después con el doctor Wells, que era, precisamente, el médico que había asistido a su difunto tío.

Se saludaron y cambiaron varias palabras en voz baja, como si temieran que alguien les oyese.

— A usted le faltó tiempo para alquilar la casa de su tío — dijo Wells. — Tal vez necesitaba dinero para pagar sus deudas de juego y había que hacerse con efectivo fuese como fuese: ¿no es eso?

— En efecto... — confesó Ricardo. — Ni siquiera consulté a su difunto tío.

— Sin embargo, hay razones para que esa casa no esté alquilada por ahora, y como son poderosas, no va a quedar más remedio que ahuyentar por el terror a esa Van Gorder y a su sobrina.

Dichas estas palabras, los dos hombres se separaron, después de cambiar un expresivo apretón de manos.

En tanto, seguía normalmente la vida en la finca donde habitaba Cornelia.

Normalmente para todos, menos para la bella

Diana Ogden, que se veía en un serio compromiso.

Su novio era nada menos que Tomás Bailey, el desaparecido cajero de la Banca Oakdale, y, ante la persecución de que era objeto, por parte de la policía, que le creía complicado en el misterioso robo del establecimiento de crédito donde prestaba sus servicios, había ido a pedir ayuda a Diana, suplicándole que le escondiese en la casa de su tía.

Ya hemos dicho antes que Diana era una muchacha dotada de superior inteligencia.

— Tengo una idea — le dijo. — Te haré pasar por jardinero. Casualmente, mi tía me ha encargado que buscara uno, porque el que teníamos se nos despidió hace pocos días. Y quitate los lentes cuando te presentes, porque así, si hay alguien, no es tan fácil que te reconozcan.

Cogió la muchacha un vestido viejo que había dejado allí abandonado el antiguo jardinero y se lo hizo poner a Tomás.

Momentos más tarde, Chokichi, el mayordomo de la casa, un japonés más feo que hecho de encargo, servía el té a Cornelia y a su sobrina.

— He encontrado ya un jardinero, tía — dijo Diana. — Me lo han recomendado en una agencia y dicen que le podemos tomar con toda confianza.

— ¿Tardará mucho?

— Supongo que no... Han dicho que vendría esta tarde...

— No, no... Que no venga — interrumpió Elisa. —

La casa está encantada y hemos llamado a unos detectives para que vengan a vigilar.

Y luego, viendo que el mayordomo estaba ya fuera de la estancia, añadió, bajando la voz:

— Para mí, que Chokichi debe ser «El Murciélago».

— ¿Qué dices, Elisa? — exclamó Cornelia.

— A feo, casi le gana — siguió diciendo la sirvienta.

— En verdad que a mí, maldita la gracia que me hace — dijo entonces Cornelia. — Pero lo impusieron los Fleming al alquilar la casa y no hay más remedio que soportarlo.

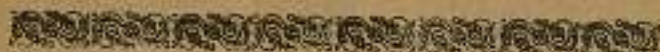
— Usted hará lo que quiera — insistió Elisa — pero yo, si fuera de usted, le ponía de patitas en el arroyo.

— ¡Pst!... Ahora llega... — interrumpió la señora Van Gorder.

En efecto, Chokichi acababa de penetrar en la estancia y murmuraba:

Hombre aquí... Dice nombre Tomás... Dice nuevo jardinero...





VII

Cornelia, al oír aquellas palabras, se puso en pie.

— Bien, Chokichi — respondió. — Dile que pase...

Tomás, con la gorra en la mano, penetró en la estancia. Diana, ansiosa de ver si su prometido sabía desempeñar áriosamente el papel que le había confiado, no se movió de aquel lugar.

— ¿De modo que usted es el nuevo jardinero?

— Interrogó Cornelia. — Muy bien... Presénteme usted sus referencias, joven, su certificado de aptitud...

El ex cajero de la Banca Oakdale se quedó sin saber qué contestar.

— Váme dijeron en la agencia, líta — interrumpió Diana con ánimo de arrojar un cable a su prometido — que empleásemos a Tomás con toda confianza...

Cornelia hizo con la cabeza un gesto de aquiescencia, añadiendo:

Usted conocerá bien el cultivo de las plantas vivaces, ¿no?

El pobre Tomás quedóse atónito. Hablarle a él de plantas vivaces era como hacerle una pregunta en idioma chino. Suerte que la señorita Ogden le hizo unas señas, bastante complicadas, pero que le permitieron orientarse.

— Sí, señora... — respondió tras un momento de vacilación. — Plantas vivaces son las que conservan sus hojas durante el invierno...

— ¿Ha tenido usted alguna vez que cuidar la alopecia?

Tomás hizo un gesto vago.

— ¿Ni la articularia?

Diana, cuya especialidad no era, ni mucho menos, la floricultura, no sabía cómo sacar a Bailey del compromiso.

— ¿Y la rubéolar?

— Sí... sí... La ru... — murmuró el ex cajero, decidiéndose a responder, fuese como fuese. — Las tres son plantas que pierden sus hojas durante el verano.

Casi sobrehumano fué el esfuerzo que hubo de hacer la sagaz Cornelia para no estallar en una sonora carcajada. Sin embargo, resuelta a llevar la comedia hasta el final, dijo:

— Perfectamente. Chokichi llevará a usted a su habitación.

Tomás y Diana respiraron y se fueron en seguimiento del japonés que, fiel a las indicaciones de

su ama, condujo a Bailey al cuarto reservado para el jardnero. En cuanto a Elisa, que a medida que ocurrían incidentes en la casa sentía mayores sospechas hacia todo el mundo, observó:

— ¿No podría ser que *éste* fuera «El Murciélago»?

No sé, hija — repuso la señora Van Gorder. — Lo único que puedo asegurarte es que tiene tanto de jardnero como yo de monja, y si no, fíjate: le he preguntado si había cuidado la alopecia, la urticaria y la rubéola, y me ha dicho que sí...

— ¿Y qué quiere usted decir con eso, señorita?

— Sencillamente. Alopecia, urticaria y rubéola, son: calvicie, ronchas y sarampión... ¡Y el grandísimo mostrenco se ha creído que eran plantas!

Elisa se echó a reír, pero su hilaridad duró bien poco rato. En efecto: cuando más distraída estaba, cayó a sus plantas un papel, vendiendo nada sabía de dónde, que desplegó con curiosidad.

El extraño y anónimo mensaje rezaba así:

«¡Sa'gan ustedes en seguida de esta casa! ¡Es un consejo de amigo!»

— ¡Mire usted! — dijo la sirvienta, aterrorizada, a Cornelia.

Esa aparentó calma e indiferencia, aunque, en realidad, los temores de su criada la iban ganando inenablenmente, y en realidad, por causas más que justificadas.

Cornelia había pedido auxilio a una agencia de detectives, que le había prometido enviar nada menos

que al célebre Moletti, que, como ya sabemos, se encontraba ya en Nueva York, dispuesto a entablar reñida batalla para conseguir la captura de «El Murciélago».

Pero Moletti no llegaba, y esta era otra de las muchas causas que contribuían a tenerla intranquila.

¿A qué causa se debía el retraso del famoso detective?

¿Tenía ello algo que ver con la supuesta presencia de «El Murciélago» en la finca?

¿Y quién era aquel individuo, enviado por la agencia como jardnero, que ignoraba los rudimentos de su oficio?

— ¡A ver si al final tendrá razón Elisa! — se dijo con angustia Cornelia Van Gorder. — ¡Puede que tenga razón al afirmar que esta casa está encantada!





VIII

— Doctor Wells... Médico de difunto señor Fleming... Dice ver señora...

Era Chokichi.

— Que pase... — repuso Cornelia.

El doctor Wells, hombre de aspecto algo misterioso y no muy tranquilizador, hizo su aparición en el umbral de la puerta del saloncito donde se hallaban la señora Van Gorder y su criada.

— Buenos días, señora... — dijo el doctor saludando ceremoniosamente. — ¿Se encuentra usted bien?

— Admirablemente, doctor...

He tenido que venir por estos alrededores, y recordando la amistad que tenía usted con el difunto Fleming, me he permitido hacerle una visita...

— Que yo agradezco en el alma, señor Wells.



Yo creo, señor Fleming, que el dinero de la Banca Oskdale está oculto en esta finca...

Elisa no perdía de vista al recién llegado. No olvidaba las afirmaciones de Moletti, hechas a los reporteros neoyorquinos: «Durante el día, «El Muriélag» puede ser comerciante, abogado... o médico...».

— ¿Será éste? — se preguntó.

En realidad, Wells tenía un aspecto por demás sospechoso.

— ¡Esta vez sí que no me equivoco! — volvió a decirse Elisa. — ¡Este es «El Muriélag»!

Mientras conversaba con Cornelia, el doctor se

había acercado a una ventana de cristales que daba al jardín, entreabriéndola discretamente.

La temperatura era bastante baja, y una ráfaga de aire frío penetró en la estancia.

— ¿Tendría usted la bondad de cerrar esa ventana, doctor? — suplicó Cornelia. — Hace fresquito y...

— ¡Con mucho gusto! ¡No faltaba más! — repuso el médico.

Pero, en lugar de cerrarla, se limitó a ajustarla, sin dar la vuelta a la falleba.

La señora Van Gorder se dio cuenta de ello.

No ha cerrado usted, doctor... — se limitó a observar.

Y poniéndose en pie, fué hasta el alféizar y la cerró, mientras Wells hacía un gesto de desagrado.

Chokichi, con su aire apocado de siempre, hizo de nuevo su entrada en el salón.

— Hombre aquí... — repitió. — Dice nombre Moletti... Dice detective...

Cornelia, al oírle, sintió quitársele un peso de encima. La presencia en su casa de aquel hombre, a quien tenía todo el mundo por el genio indiscutible del detectivismo, constituía para ella sobrado motivo para tranquilizarse.

— Dile al señor Moletti — repuso vivamente — que haga el favor de entrar, que le esperamos impacientes.

El detective, con paso lento y grave compostura, atravesó la estancia. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, algo grueso, de cara rasurada y cuyos

ojos revelaban una vivacidad extraordinaria. Su rostro tenía cierta gravedad y se adivinaba en él un hombre extraordinariamente cauto.

— ¿Es a la señora Van Gorder a quien tongo el honor de saludar?

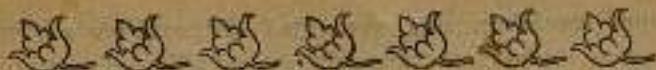
El honor es para nosotros, caballero, de poderle tener bajo nuestro techo...

Muy agradecido, señora... Para mí, será un verdadero placer serles útil y contribuir a alejar de su espíritu la ansiedad y la impaciencia.

Tomó asiento el detective y, minuciosamente, se hizo explicar todos los detalles de lo ocurrido en la finca. Frecuentemente interrumpía a Cornelia en el curso de su narración, pidiéndole que le aclarara diversos extremos. A su fino espíritu intuitivo, a su extraordinaria perspicacia, unía Moletti un don de gentes poco común y una cultura vastísima.

Cuando hubo terminado la conversación entre Cornelia y Moletti, aquélla dio orden a Chokichi de que le preparara la mejor habitación de la casa, a fin de que el detective se encontrase servido con toda comodidad.

¡Este sí que me parece que da con «El Murciélago»! — dijo Elisa, entusiasmada, en cuanto se hubo quedado sola con la señora Van Gorder. — ¡Qué listo es! ¡Y con qué atención la escuchaba cuando usted contaba todo lo ocurrido! ¡Ah, si este hombre llega antes, a buen seguro que el bandido ese no nos hubiese dado tantos sustos!



IX

Mientras Moletti se instalaba en su habitación, el doctor Wells conversaba animadamente con Diana Ogden.

— A mí, doctor — le decía la joven — me va admirablemente aquí. Como no creo en eso de los fantasmas...

El doctor frunció el entrecejo.

— Con toda su incredulidad, señorita — le contestó — es muy posible que no tarde usted en ver bajo este techo cosas peregrinas. Si algo le ocurre, llámeme a mi habitación por el teléfono interior.

Y diciendo estas palabras, Wells se despidió de Diana Ogden, con gran contento de ésta. ¿que no describa otra cosa sino desahucarse de aquel inoportuno personaje para poder correr en busca de su amado Tomás.

Esta había terminado su labor en el jardín y acudía igualmente en busca de la muchacha.

Ambos se abrazaron.

— ¿Cómo te va el nuevo empleo? — dijo jocosamente Diana.

— ¡A mí? ¡Admirablemente! — repuso el ex cajero de la Banca Oakdale. — Mira si me va bien, que no doy pie con bolo. A este paso, el jardín se va a convertir en poco tiempo en una especie de desierto de Sahara en miniatura...

¡Sí que estamos frescos!

— Ahora sí, porque hay árboles, pero como estos pobres inocentes van a morir en mis pecadoras y torpes manos a no tardar mucho, el verano que viene no habrá quién goce de la frescura del jardín, a menos que no me hayan echado por imposible, cosa que veo más que segura.

— Bueno... Bueno... Mira de aprender un poco y no te precipites... Lo que has de hacer es no dejarte ver por la casa, pues hay un detective en el salón conversando con mi tía. Anda en busca de «El Maricélagos» y no es cosa de que por cualquier circunstancia se descubra de que tú eres el desaparecido cajero de la Banca Oakdale y tengamos todos un disgusto.

En efecto, Moletti había empezado sus pesquisas, iniciándolas por el interrogatorio de Elisa Allen.

— Dígame su nombre y apellido.

— Elisa Allen, para servir a usted.

— Muchas gracias. ¿Qué edad tiene?

— Veintidós años.

¿Cumplidos? — dijo con un leve deje de ironía Moletti.

— Sí, señora. Cumplidos... hace veintidós primaveras — repuso Cornelia Van Gorder.

— Bien. ¿Cree usted que puede haber alguna relación entre lo que aquí sucede y el robo de la Banca Oakdale?

— No sé...

Moletti quedó pensativo y se retiró a su habitación, donde, según dijo, quería encerrarse para estudiar el caso. Mas, no hubieron pasado cinco minutos que en lo alto de la escalera que conducía a las habitaciones interiores vióse una lucecita, luego una sombra, y, finalmente, un extraño fantasma luminoso, que inmovilizó a todos de espanto.

— ¡Era una cara monstruosa, con veinte ojos! — exclamó Elisa. — Yo misma los conté.

Como ven nuestros lectores, la sirvienta de Cornelia Van Gorder era una mujer prolija en detalles, aun en los momentos y circunstancias más graves de la vida.

Practicóse un registro, se pidió auxilio a Moletti, que acudió, solícito y presuroso... Todo fué en vano.

Diana Ogden, entretanto, obraba por su cuenta. Acababa de recibir en su habitación a Ricardo Fleming, a quien debía interesar mucho, por razones ignoradas, toda la serie de misteriosos sucesos ocurridos en la finca.

— Cuando se construyó esta finca — decíale

Diana — yo sorprendí una conversación entre el arquitecto y su difunto tío Conrado Fleming acerca de un cuarto secreto.

— ¿Y cree usted?...

Yo creo que el dinero sustraído al Banco está escondido en la habitación secreta de esta casa.

Ricardo quedó pensativo.

— A ver si con su ayuda logramos desentrañar el misterio de este robo — siguió diciendo la señorita Ogden a Fleming. — Tengo un interés personalísimo en ello.

Al sobrino del difunto banquero no se le ocurrió preguntarle a qué obedecía tal interés. El muchacho estaba muy lejos de suponer que hablaba con la prometida de Tomás Bailey y que éste se cobijaba, precisamente, bajo el mismo techo...





X

Ambos cruzaron un corredor, encaminándose a los salones del primer piso. Allí, Ricardo dijo a Diana:

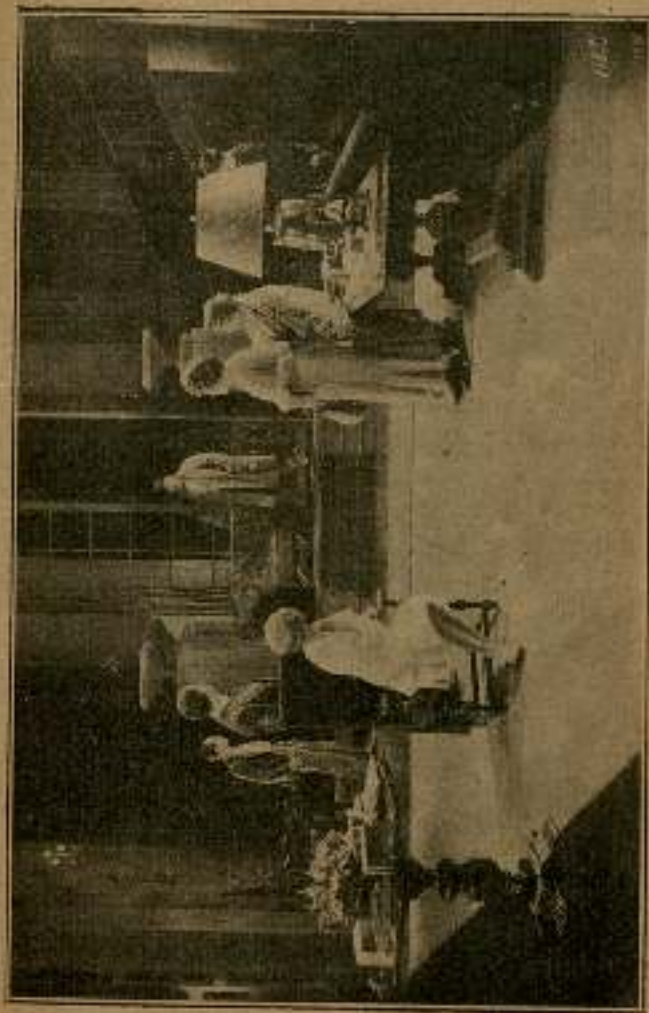
— He estado pensando sobre el caso... Y creo que tal vez tenga usted razón.

— ¿Lo ve usted?

— Si mi tío mando construir esa habitación secreta, deberá estar indicada en los planos. ¿Quiere usted buscarlos? Están en el buró antiguo del comedor.

Al decir así, Ricardo mentía, porque sabía que los planos estaban en el cajón de otra mesa, colocada en la misma habitación donde estaba hablando con Diana. Pero le convenía alejarla de allí, para apoderarse de ellos.

La muchacha atendió la indicación de Fleming y fué a buscarlos. Como es natural, nada encontró. Ricardo fué más afortunado, pues los preciosos docu-



Un hombre alto, robusto, alto su aspecto...

mentos se hallaban, como él suponía, en el cajón de la mesa.

Abrióla, apoderóse del preciado rollo y, cuidadosamente, lo extendió para contemplarlo en detalle...

Allí estaba la ansiada clave del enigma.

Bien pronto descubrió un ángulo sombreado con tinta... No tuvo tiempo de examinarlo detenidamente como hubiese sido su deseo, porque oyó los pasos de Diana que volvía después de su infructuosa busca en el comedor... Entonces, disimuladamente, rompió el ángulo de papel que le interesaba, guardándolo en su bolsillo.

Sin embargo, la operación no fué hecha con la habilidad necesaria para burlar la perspicaz vigilancia de Diana que, encarándose con él, le dijo:

— Veo que va usted por muy mal camino... Si el dinero estuviese aquí, ¿me supone usted tan necia que fuera a ponerlo en seguida en sus manos?

Ricardo contempló a la joven con aire de desafío.

— ¡Ese dinero pertenece a la Banca Oakdale! — gritó la muchacha.

— ¡Nada de Banca! — gritó Fleming, colérico. — ¡Si algo hay en la casa, es mío!

Con la mayor tranquilidad, la señorita Ogden sacó un revólver que llevaba oculto en la cintura, y apuntando a Fleming, le dijo con tono de intimidad:

— Ahora mismo va usted a entregarme el pedazo de plano que falta!

— ¡Vaya usted a pasear! — replicó Ricardo. — ¿Cree usted acaso que me asusta su revólver?

Diana no se movió.

— Hay un detective en la casa — respondió. — Si sube usted las escaleras, le llamo!

Ricardo quiso arrojarle sobre la muchacha para quitarle el revólver, pero en aquel momento, sobre uno de los escalones de la escalera que comunicaba aquella habitación con las del piso superior apareció una franja de luz, de deslumbradores resplandores, en donde aterrorizado, Fleming leyó:

« ¡Déme ese trozo de plano! »

Ya iba a obedecer, temblando de espanto, cuando sonó una detonación y, herido en el corazón por la anónima bala, cayó al suelo exánime.

Venciendo la terrible impresión que el crimen le produjo, Diana se precipitó sobre el cadáver, apoderándose del codiciado papel. Era tiempo! Moletti, Cornelia y Elisa acudían presurosos al lugar del suceso alarmadísimos por la detonación.

— ¿Qué ha ocurrido? — interrogaron a coro los tres personajes.

— Ni yo misma lo sé — repuso la señorita Ogden. — Estaba yo aquí con Ricardo Fleming, que acababa de llegar, cuando alguien disparó desde la escalera... Yo creo que está muerto.

El detective se inclinó, examinando el cadáver.

— ¿Qué cosa tan rara! — exclamó. — Verdaderamente, en esta casa ocurren cosas extraordinarias.

En aquel momento apareció en lo alto de la escalera Tomás Bailey.

— ¡Manos arriba! — gritó Moletti.

Diana, asustadísima, se acercó a su tía. En cuanto al desaparecido cajero de la Banca Oakdale no intentó ni un gesto de resistencia.

Este es el autor del crimen! — dijo el detective.

No puede ser... — protestó Cornelia Van Gorder.

Es nuestro nuevo jardinero...

A la prometeda de Tomás se le ensanchó el pecho. En cuanto a Bailey, descendió uno a uno los escalones mientras Moletti exclamaba:

— ¿No ha podido ser él? ¿Usted me responde de ello? Bien, bien... Sin embargo, ya ve usted que las pruebas no pueden ser más concluyentes contra él...





XI

Cornelia, sin saber por qué, sentía una innata simpatía por aquel jardinero que confundía la alopecia, la urticaria y la rubéola con las plantas... Nuevamente insistió en sus afirmaciones encaminadas a la defensa de Tomás Bailey.

Moletti, mientras la escuchaba, aperebió un revólver en el suelo. Estaba a los pies de Diana Ogden.

— Con este revólver se ha disparado el tiro contra Fleming — dijo, examinando cuidadosamente el arma. — Tiene una cápsula vacía.

Fui yo misma quien lo disparé anoche, cuando vimos a «El Murciélago».

— Rápida es su respuesta, señorita Van Gorder — observó Moletti. — Sin embargo, me veo obligado a prender a su sobrina.

— No podrá usted hacerlo antes de que el médico certifique la defunción de Ricardo Fleming y para ello, habría que hacer venir al doctor Wells.

Moletti no perdía la serenidad, a pesar de las manifestaciones de Cornelia.

— No está usted mal de conocimientos en materia de procedimientos judiciales — replicó, con visible descontento. — Bien. Puesto que así lo desea usted, iremos en busca del doctor Wells.

Pero el doctor Wells no parecía por ninguna parte.

El detective examinaba con curiosidad todos los rincones de la habitación donde se había desarrollado el rápido y misterioso drama. De pronto, sus ojos contemplaron el plano, a medio desdoblar, que descubriera Ricardo Fleming en el cajón de la mesa.

Sin decir palabra, Moletti lo cogió, lo desarrolló y lo examinó cuidadosamente. Tras breve silencio, encaróse de nuevo con Diana y la dijo, con sonrisa de triunfo:

— Aquí hay un plano de la finca... ¿Lo sabía usted?

Diana se encogió de hombros.

— Vamos, señorita... — siguió diciendo el perspicaz detective. — No se haga usted ahora la desentendida...

— No sé qué quiere usted decir.

— ¿No?

— ¡No!

— ¡Vamos! A otro perro con ese hueso. Usted sabe perfectamente a qué me refiero.

— Le aseguro que no.

¿Usted no conoce la existencia de este plano?

La señorita Ogden hizo un gesto negativo.

— ¿Qué se ha hecho del resto de este plano? — interrogó, perdida ya su paciencia Moletti. — ¡Dígame!

— Ni sé nada de este plano, ni sabía que existiera.

¿Dónde está el trozo arrancado? le repitió. Contestó:

— Le digo que no lo sé.

— ¡No insista en negar! ¡El pedazo que falta marca el emplazamiento de la habitación secreta, y usted mató a Fleming para obtenerlo!

Yo no maté a Fleming ¡se lo juro! — exclamó Diana Ogden con vehemencia. — Yo estaba hablando con él sobre asuntos de la administración de esta casa, e ignoró en absoluto lo que haya ocurrido con el plano ese.

Bien se esforzó Moletti en asediar a preguntas a la muchacha, mas ésta siguió negando su participación en el hecho, asegurando al mismo tiempo que nada sabía respecto a todo lo demás. A pesar de la sagacidad del detective, sus tentativas fueron infructuosas para arrancar a Diana una sola palabra que le sirviera de base para hacerle confesar, como él esperaba.

— Bueno... bueno... — exclamó al cabo de un rato. — A este paso, no vamos a descubrir nada. La señorita Van Gorder me asegura que el jardinero es

incapaz de haber cometido ningún delito... Usted persiste en negar su intervención en lo ocurrido... Si con todas las personas sospechosas ocurre lo mismo, aunque lleguemos a tener en nuestro poder al propio «Murciélago», nada sacaremos en limpio, porque también resultará que es paciente, amigo, criado o conocido de la dueña de la casa. En fin, que me parece que me marchó porque estoy perdiendo aquí miserablemente el tiempo.

— ¡Usted no hará eso! — dijo Cornelia. — ¡No faltaría más! ¡En usted tenemos cifradas todas nuestras esperanzas!

— Pues como siga usted defendiendo a todos los sospechosos, me parece que las va a perder muy pronto.

Y encolerizado, dió media vuelta y se refugió de nuevo en su habitación, de donde no salió hasta al cabo de mucho rato, queriendo así patentizar el descontento que le causaba la manera de obrar de Cornelia.



XII

Chokichi, el mayordomo japonés, al oír pasos sospechosos, tomó una determinación poco en armonía con su temperamento apático y resignado. Cogió una enorme maceta y la dejó caer con estrépito sobre el desconocido, que la recibió sobre su cabeza jurando y pidiendo auxilio.

El mayordomo, una vez realizada su proeza, optó por escabullirse, por lo que pudo era tronar.

El individuo que recibiera la maceta sobre su cabeza, después de jurar un buen rato, penetró en el salón donde se hallaba Cornelia Van Gorder, y, sin saludar siquiera ni pedir permiso para meterse en aquella casa, dijo con voz tonante:

— ¡Esto es una jaula de locos!

— ¿Qué dice usted? — respondió, sorprendidísima, Cornelia.

— ¡Que en esta casa han perdido el juicio!

— ¿Pero qué le ocurre, caballero?

— Pues ¡una friolera! ¡Que llegó aquí, y me reciben dejándome caer un piano sobre la cabeza!

— ¿Un piano? — replicó la jamona. — No es posible!

— Se lo aseguro, ¡Con teclas y todo!

Me sorprende mucho, porque el único que teníamos era viejo y lo vendimos al instalar nuestro altavoz de radio...

Ambos personajes se quedaron mirando frente a frente.

— Bueno — dijo por fin Cornelia. — V, prescindiendo de si lo que le ha caído en la cabeza era un piano u otro instrumento de música, ¿quién es usted y qué ha venido a hacer a esta casa?

— ¿Yo? ¡Pues, ahí es nada! ¡Capturar a «El Mucielago»!

— ¿Y quién es usted para realizar tamaña proeza?

El desconocido irguióse cómicamente, como lo hacen los tenores malos cuando van a probar la voz.

— Pues soy, para servir a usted — repuso — el sabueso Anderson, un verdadero perro lobo en cuestión de olfatear delincuentes. El propio jefe de la policía secreta de Oakdale.

Cornelia estuvo a punto de preguntar: «¿Y con esa cara?»

Pero se contuvo, pensando en las consecuencias que podía tener semejante expresión.

— ¿Y qué se propone hacer usted para cazar a ese pajarraco?

Todavía no he formado un plan concreto... Desde luego, pienso estudiar el asunto a fondo, ver lo que conviene hacer, registrar cuidadosamente toda la casa, interrogar a todos cuantos en ella viven... y con eso, un poco de suerte y la ayuda de Dios sobre todo, pienso que muy mal han de ir las cosas para que antes de tres meses no hayamos capturado al bandido ese...

Iba expresándose con aquella vehemencia el jefe de la policía privada de Oskdale cuando Moletti se presentó inopinadamente en el salón.

— Buenas noches, señorita... — dijo dirigiéndose a Cornelia.

Y se quedó mirando a Anderson como quien pregunta: «¿De dónde ha salido semejante mamarracho?»

La señorita Van Garder se creyó en el caso de aclarar la situación.

— El señor — dijo señalando a Anderson — es el jefe de la policía secreta de Oskdale...

— ¡Ah! Mucho gusto...

— El detective Moletti, que también se encuentra aquí en busca de «El Murciélago»...

— Servidor de usted...

— A sus órdenes...

— ¿Puede llamado por usted este compañero? — preguntó Anderson dirigiéndose a Cornelia Van Garder y señalando al detective.

— En efecto, señor Anderson... Llamé por telé-



Yo, señor Moletti, tengo un sistema especial de investigación...

fono a la Agencia Jenkins para que me enviasen un detective, y, al saber que se trataba de una nueva fechoría de «El Murciélago», dijeron que el señor Moletti, que, como usted sabe, colabora con la policía oficial neoyorquina, vendría aquí...

— ¡Ah! Muy bien, muy bien...

— ¿Ha hecho usted alguna inspección por los alrededores de la casa? — preguntó Moletti al «sabueso» Anderson.

— No señor. ¡Ni falta que me hace! Para que me arrojen una locomotora!... ¡Gracias! No creo que haya sonado todavía la hora de mi fallecimiento...

No le comprendo a usted, señor Anderson — dijo Moletti.

Ni falta que hace. Además, con mi sistema peculiar de investigación, no me precisa nada de todo eso.

Chokichi, el mayordomo japonés, había salido a la balaustrada que daba al jardín, cuando percibió un ruido sospechoso bajo sus plantas. Eran Moletti y Anderson que discutían.

— ¡Buena la he hecho! — pensó el nipón. — Atentar contra la vida de un agente de la policía secreta! Lo mejor que puedo hacer es no dejarme ver en toda la noche.

Y, sigilosamente, se retiró a su cuarto, a fin de que su presencia en la casa pasara desapercibida.



XIII

— Sí, señor — continuó diciendo Anderson. Mis investigaciones policíacas se cuentan por éxitos resonantes y triunfos sorprendentes... Claro que, de tanto en tanto, mi carrera me cuesta un chichón, como éste que me he hecho en la cabeza, pero no hay oficio que no tenga sus gajes..

— Sí, sí... Claro... — replicó Moletti, que empezaba ya a hallar extraordinariamente pesado al jefe de la policía secreta de Oakdale y al que no mandaba a pasear con viento fresco por consideración.

— De manera que, ahora, lo que me conviene saber — añadió el « sabueso » — es todo cuanto ha ocurrido aquí. Hágame el favor de explicármelo, querido colega, que usted debe estar en antecedentes sobre el asunto...

No tuvo otro remedio Moletti que explicar todo cuanto había ocurrido, con prolijidad de detalles.

Anderson preguntaba las cosas varias veces, pedía aclaraciones, a ratos no entendía, y sostener con él una larga conversación era una verdadera pesadilla.

Cuando Moletti hubo terminado de hablar, Anderson cerró los ojos, con aire de profunda reflexión, y, al cabo de un rato, dijo:

— ¡Ricardo Fleming! ¿Quién lo mató?

Esta vez fué Cornelia Van Corder quien no pudo resistir más a la tentación de contestar:

— ¡Si lo supiéramos, me parece que no haría ninguna falta que usted viniese aquí!

— Era a mí mismo que me lo preguntaba... repuso Anderson con una sonrisa. — ¡Y lo sabré bien pronto, no les quepa a ustedes duda!

A pesar de la seguridad de su tono, nadie quedó convencido sobre la eficacia de la acción del jefe de la policía secreta de Oakdale.

De pronto, un alarido trágico, un grito que nadie hubiera podido definir, resonó a lo lejos... Luego otro... y otro... y otro...

— ¡Se oyen gemidos angustiosos! — exclamó, asustada, Cornelia. — ¡Alguien se encuentra en estos momentos en una horrenda situación!

Nuevamente se practicó un registro en la casa. ¡Nada! No se dejó ni un rincón por escudriñar, pero el resultado fué completamente negativo.

De pronto, oyóse sonar un timbre eléctrico.

— ¡Es el teléfono de la casa al garage! — exclamó Cornelia.

Todos se precipitaron sobre el auricular: Moletti fué el primero en cogerlo. Escuchó atentamente, y al cabo de un momento lo dejó caer con aire de disgusto.

— No se oye absolutamente nada — exclamó. — Seguramente se ha producido algún contacto con otra línea, y por ello ha sonado el timbre.

Ya nadie se acordaba ni de los gemidos, ni de la llamada del teléfono, cuando un rayo de luz invadió la habitación, y en una de las paredes recortóse un círculo luminoso en cuyo centro aparecía la temida imagen.

— ¡Oh! ¡El Murciélago!

Aquel grito partió de todas las gargantas, incluso de Moletti, a pesar de que el detective daba pruebas de una serenidad y una sangre fría extraordinarias.

— ¡Era él! ¡Era él! — repitió Elisa.

Moletti, que no podía disimular su turbación, seguía mirando.

No era — dijo al cabo de un rato. — ¡Es! Ahora vuelve a aparecer la sombra...

En efecto, nuevamente se proyectaba el rayo de luz, y, en medio, la sinistra silueta del pájaro cuyo solo nombre tenía aterrorizada a toda la población neoyorquina...

— ¡Hay que ir tras de la luz, cueste lo que cueste! — gritó Moletti. — ¡El que quiera, que siga!

Y salió corriendo hacia el exterior de la finca, con los puños en alto, dispuesto, si era preciso, a librar

ruda y desigual batalla contra el bandido, cuya captura se había propuesto desde su llegada a la finca del difunto Fleming.

En la puerta del jardín sonaron varios golpes.

— ¡El Murciélago! — dijo Elisa, poseída de terror.

— ¡Sea quién sea! — exclamó el detective. — ¡Aunque «El Murciélago» resulte ser el mismo demonio!



XIV

Todos corrieron en dirección a la puerta. La sombra fatídica seguía proyectándose.

— ¿Por qué no va usted a abrir, señor Anderson?

— dijo Cornelia.

El «sabueso» se excusó, le indicó que Chokichi, el mayordomo, era persona más indicada para aquella tarea. Así lo hizo, en medio de infinitud de precauciones, temblando como si hubiese tenido cuartanas... y ante la general sorpresa apareció el doctor Wells, que acababa de descender de su automóvil.

— ¿De dónde viene usted? — interrogaron todos.

— De ninguna parte... de dar un paseo... — repuso el doctor. — ¿Por qué? ¿Qué diablos ocurre?

— ¿Que no lo ve usted? — dijo Anderson. —

Allí, en la pared, se está proyectando la sombra de un murciélago!...

V, al observar de donde partía, vió con sorpresa que provenía de uno de los faros del coche del doctor.

— Entonces — exclamó triunfante — usted es «El Murciélago»!

El doctor Wells se echó a reír. Examinaron el cristal del faro y vieron que sobre él se había posado una palomilla de polilla, que era lo que formaba, precisamente, la terrible sombra que tanto les había amedrentado a todos...

Molatti, durante toda aquella escena, no había pronunciado ni una sola palabra. Pero, al ver que todo el mundo estallaba en sonoras carcajadas, participó sin reservas del regocijo general.

Cuando se hubieron calmado los ánimos, el doctor Wells, que estaba muy intrigado por la misteriosa muerte de Ricardo Fleming, dijo a Diana Ogden:

— ¡Qué extraña ha sido la muerte de ese pobre muchacho! A ver, a ver... ¿Quiere usted explicarme exactamente cómo fué muerto Ricardo Fleming?

— Sí, doctor... Con mucho gusto... — repuso Diana. — ¿Tiene usted a mano una lámpara de bolsillo?

— Sí, señorita.

Echó mano el doctor al bolsillo y sacó la lamparita, que entregó a Diana Ogden.

Tome usted, tita — dijo la muchacha a Cornelia Van Corder. — Ahora, haga el favor de subir unos cuantos escalones.

Así lo hizo la mujer, mientras Diana explicaba



Yo, señores, soy un verdadero sabueso...

detalladamente al doctor Wells la forma exacta en que se había desarrollado el atentado.

— El no quería darme el fragmento de plano que había roto antes — explicó la señorita Ogden. — Pero yo me ingenié para apoderarme de él, y para ocultarlo en un lugar donde Fleming no pudiera sospechar, lo puse, muy bien plegadito, dentro de un panecillo de la casa Parker, sobre la bandeja de los desayunos...

El semblante del doctor Wells pareció iluminarse de una alegría extraña al oír aquella confesión.

Salieron todos del salón, y el doctor Wells, cogiendo del brazo a Cornelia, la dijo confidencialmente:

No se preocupe, señorita Van Corder, si el detective sospecha de su sobrina. Yo procuraré arreglarlo todo...

Estrechó la mano de Cornelia y se separó de ella. Esta vez, creyéndose todos tranquilos, se dispusieron a retirarse a sus respectivas habitaciones. Pero, cuando en la casa reinaba el silencio más profundo, vióse a Diana Ogden, a medio vestir, que aparecía corriendo con aire de espanto al mismo tiempo que gritaba:

— ¡Una mano! ¡El demonio! ¡Horror!...

Efectivamente, en uno de los lienzos de la pared se reflejaba una mano, que bien pronto fué seguida de la sombra espeluznante de «El Murciélago».

A los gritos de la muchacha acudieron todos los habitantes de la casa. Practicaron un nuevo y minucioso registro y hallaron, escondido tras una puerta, a Tomás, el seudojardinero.

— En nombre de la ley! — gritó Anderson. — ¡Queda usted detenido, acusado de robo simulado, asesinato y...!

Pero Cornelia le detuvo con un gesto.

— Usted no prenderá a ese joven — le dijo. — Está empleado en mi casa y yo respondo de él...

— ¡Pero si es el desaparecido cajero de la Banca Oakdale! — gritó Anderson.

Diana creyó llegado el momento de intervenir en favor de Bailey.

— Tomás es mi novio... — confesó a Cornelia. — V sería injusto, tía, que le arrestasen por el robo de la Banca Oakdale, cuando, precisamente, él ha venido aquí a buscar el dinero para librarse de las sospechas que recaen sobre su persona.

La señorita Van Corder, que era una mujer de buenos sentimientos, sonrió:

— Bien, Diana... — dijo con tono dulce y afable. — Pero otra vez no engañes a tía, y menos, trayéndole un jard nero cuyas uñas están eschádosamente alij lantadas y recortadas por la manicura...





XV

Con la que podría llamarse aquiescencia oficial, ya que, desde aquel momento, Cornelia incluso le garantizó, vino a tener franca actuación en busca de « El Murciélago » Tomás Bailey, el desaparecido cajero de la Banca Oakdale.

Un personaje procuró escabullirse, sin que para ello le faltasen, indudablemente, sus razones. Era el doctor Wells, para quien, como ya hemos visto en el capítulo anterior, no habían pasado, ni muchísimo menos, desapercibidas las palabras que pronunciara Diana Ogden al hablar del fragmento que faltaba en el plano de la casa de Conrado Fleming.

Sin decir nada a nadie, se encaminó hacia una habitación donde había quedado depositada, sobre una mesita, la bandeja de los desayunos, con los panecillos de la casa Parker.



Es « El Murciélago »

Con infinito cuidado los examinó uno a uno y no tardó en hallar el que contenía oculto el codiciado pedazo de papel.

Desdoblólo lentamente y con singular atención empezó a examinarlo.

Cuando más embebido estaba en aquella tarea, cuya finalidad no era muy clara, un individuo apareció en la estancia.

Era Moletti.

Aunque tan inoportuna presencia le hizo muy poca gracia al doctor Wells, procuró disimular su contrariedad y dijo al detective:

— Buenas noches, señor Moletti.

— Buenas noches — contestó éste, con tono glacial.

V sin dejarle de la vista añadió:

— ¿Qué? ¿Halla usted muy interesante ese papel?

El doctor, a pesar de su habitual aplomo, quedóse sorprendido ante aquella pregunta, a la que contestó con un gesto vago.

— Yo estoy encargado de este caso, doctor — siguió diciendo el detective, — y sentiría tener que molestarle por el fragmento de piano que tiene usted en la mano.

Deciendo estas palabras, alargó su diestra y antes de que el doctor Wells tuviese tiempo de protestar, se apoderó del papel que guardó cuidadosamente en su bolsillo.

El médico se quedó sin saber qué decir ni qué contestar.

Tras un momento de vacilación, Moletti volvió a sacar el trocito de papel de su bolsillo y empezó a examinarlo en detalle.

Más de cinco minutos estuvo volviéndolo de un lado a otro. Por fin se lo guardó de nuevo y dijo a Wells, que no se había movido de allí:

— Esto no da ni la más ligera idea de dónde está el cuarto secreto que andamos buscando todos y donde se supone que está el tesoro de la Banca Oakdale, y, por ende, la guarida del «Murciélago» ese.



En la pared se reflejaba la sombra de "El Murciélago".

que ya nos va resultando una especie de broma pesada.

— La misma impresión que usted he obtenido yo de su minucioso examen — contestó Wells mientras contemplaba con aire indefinido al detective.

Los dos se miraron, como dos rivales que se esconden el uno del otro... Al final el médico, comprendiendo tal vez que su conducta empezaba a hacerse sospechosa, optó por volver la espalda y alejarse de aquel lugar.

En cuanto a Moletti, quedóse allí solo, después de asegurarse que nadie le veía. Examinó una a una

todas las puertas de acceso, y, una vez convencido de que no era fácil que nadie fuese a estorbarle por allí, volvió a sentarse ante la mesa donde se hallaba la bandeja de los desayunos que tanto atrajera la atención del doctor Wells, momentos antes.

Entonces sacó por tercera vez el pedacito de papel que arrancara del plano el difunto Fleming, y cogiendo una lupa de considerable aumento que guardaba en uno de sus bolsillos, volvió a mirar y remirar todas las líneas que sobre él había trazado el delineante. Pero toda su atención debió resultarle infructuosa, porque al cabo de un rato dejó caer al suelo la lente y dijo para sí, con tono de decepción:

— Es inútil... ¡No encuentro nada!



XVI

Otra vez se disponían Cornelia, Elisa, la señorita Odgen, Tomás Bailey y el policía Anderson a retirarse a sus dormitorios cuando sonaron de nuevo golpes en la casa.

Los espíritus se empavorecieron de nuevo con el percutir misterioso, cuyo origen no era otro que una exploración que hacía Moletti por una de las habitaciones, con ánimo de ver si descubría alguna oscuridad que ocultase una entrada secreta.

— ¡Esos golpes suenan en el salón de baile! — dijo Elisa. — ¡Como es el lugar más encantador, digo, más encantado de la casa!

En fila india, los cinco personajes se dirigieron al lugar donde sonaban los golpes.

Como por arte mágico, las bujías que iluminaban el salón empezaron a apagarse, y por más esfuerzos que se hicieron para encenderlas todo fué inútil.

— Yo no sé qué ocurre — dijo Elisa, — pero aquí no hay quien pueda tener las bujías encendidas... Y eso es que alguien las apaga, aunque a mí me juten lo contrario!

— Voy a ver si aclaro lo que ocurre — dijo resueltamente Tomás Pa'ley.

Y se adelantó dejando solos a sus compañeros.

De pronto, Elisa, que era siempre la primera en darse cuenta de todos los incidentes, exhaló un grito de terror:

— ¡Oh! ¡Miren! ¡Miren! — exclamó, presa de indescriptible pánico.

No era ciertamente, en efecto, para hacer sonreír a nadie, por valiente y aguerrido que fuese, el espectáculo que se ofrecía ante la vista de los circunstantes: el fantástico avance de una ánfora semoviente.

Resueltamente, Elisa se adelantó al encuentro del fantasma, porque Anderson se escondía como un ratón perseguido por el gato... y estalló en una carcajada sonora que hizo creer a los demás circunstantes que aquella casa era una especie de jaula de locos.

En realidad, el caso no era para menos.

El fantasma no era otro que Chok'ichi, el mayordomo japonés, que al oír pasos, había cogido el ánfora con ánimo de arrojarla a la cabeza del primero que se le pusiera por delante.

— ¡Por vida de...! — exclamó Elisa. — ¡Al paso que vamos no ganaremos para sustos!



¡Esos golpes suenan en el salón de baile! — dijo Elisa

Moletti, infatigable, seguía examinando el plano, a pesar de lo infructuoso que le iba resultando aquel trabajo.

Por más que había mirado y remirado la disposición de las diversas habitaciones de la finca construida bajo las instrucciones de Fleming, no le daba más que las piezas ya conocidas de todos.

¿Dónde se hallaba, pues, el aposento secreto?

En cilo estaba pensando, cuando unos pasos discretos, suaves, le llamaron la atención.

Antes de que tuviera tiempo de apercebirse de quién se trataba, sintió como una mano de acero le atenaceaba la garganta, mientras otra le quitaba el plano de las manos... Fue a gritar, pero no pudo. Volvió la cabeza y al contemplar al agresor su sorpresa fue vivísima.

¡Era el doctor Wells!

El doctor Wells que, con imperturbable calma, con esa serenidad característica de los grandes criminales, le amordazaba sólidamente, le pasaba unas esposas por las manos y, una vez reducido a la indefensión, lo atastraba como un pelele y lo llevaba lejos de allí.

Fueron vanos cuantos esfuerzos hizo el detective Moletti para desasirse del cerco de hierro que aprisionaba sus manos. Comprendió que toda resistencia era inútil y que esta vez tenía que confiar al azar su salvación.

Wells, cruzando estrechos corredores, salas desiertas y oscuras, llevaba a rastras a su víctima...

«Comerciante, abogado o médico...», había dicho el detective Moletti al ser entrevistado por los reporteros neoyorquinos, a poco de su llegada a los Estados Unidos.

¡Había acertado Elisa al sospechar que el terrible y misterioso bandido que tenía aterrizada a la población, el fatídico «Murciélago», que tantas veces burlara a la policía oficial y a la privada, no era otro que el doctor Wells?

La incógnita, por el momento, seguía en pie.



XVII

Cornelia Van Gorder y sus huéspedes, bien ajenos al grave suceso que acababa de ocurrir, y que había tenido por consecuencia reducir a la impotencia al detective Moletti, se disponían otra vez a reintegrarse a sus respectivos dormitorios, cuando un gemido angustioso resonó al pie de la ventana de cristales que daba a la galería del jardín.

— ¿Qué es eso? — dijo Elisa, que, a pesar de su pánico característico, se había ido ya acostumbrando poco a poco a aquellas impensadas apariciones. — «El Murciélago» que vuelve a la escena?

Los circustantes se miraron todos entre sí y se apercebieron entonces de que Moletti no se hallaba entre ellos.

— ¿Dónde está el detective? — preguntáronse a coro unos a otros.

— No sé... — contestó Anderson, cada vez más acobardado ante todo aquel cúmulo de extrañas

circunstancias. — Hace un rato que nada sabemos de él.

— Es verdad — dijo Bailey — ¿Dónde diablos se habrá metido?

— Yo no le he visto y también me ha extrañado su ausencia... — añadió Cornelia.

Voy a dar una vuelta por las galerías, a ver si doy con él — dijo Tomás.

Al policía Anderson se le ensanchó el pecho al oír aquellas palabras. Por ningún dinero del mundo se abriría él aventurado solo por aquellos lugares, tan propicios a las apariciones fantásticas...

— Sí, sí — repuso, mirando a Tomás — Ha tenido usted una idea muy buena... Sí... Es lo mejor...

Nuevamente se oyeron los gemidos al pie de la ventana que daba a la galería.

— ¿Quién diablos es ese que gime? — dijo Bailey.

— No sé...

— Voy a ver quién es.

El «sabueso» Anderson volvió a respirar. Por un momento había entrevisto nuevamente el fantasma del peligro.

— Hará usted muy bien, señor Bailey — le dijo — Yo tengo un carácter tan violento que, la verdad, a veces me temo a mí mismo.

Si las circunstancias hubiesen sido otras, el ex cajero de la Banca Oakdale se hubiera echado a reír al ver el insuperable miedo del policía. Pero se contuvo, y abriendo la ventana halló tras de ella a un

individuo en mangas de camisa, cuyo rostro reflejaba una expresión de profundo dolor.

Lo levantó del suelo, pues apenas se podía tener, y a rastras lo hizo entrar en el salón, lo sentó sobre una silla y le dijo:

— ¿Quién es usted? ¿Qué le ha ocurrido?

El desconocido le contempló con aire idiotizado y bajó luego la cabeza, sin pronunciar palabra.

— Pero ¿de dónde sale ahora este huésped? — dijo Anderson. — ¡Decididamente, en esta casa ocurren a cada momento cosas extraordinarias!

Por más que se interrogó al misterioso sujeto, no se pudo conseguir que hablara una palabra.

— Ese tío es imbécil rematado — terminó por decir Tomás Bailey. — En fin... Como no es cosa de echarle a la calle igual que a un perro, le tendremos aquí hasta que se haga de día, y mañana daremos cuenta a la autoridad para que se encargue de él, que ya tenemos bastantes estorbos en casa.

Anderson, una vez se hubo convencido de que se trataba de un ser inofensivo, quiso alardear de su profesión.

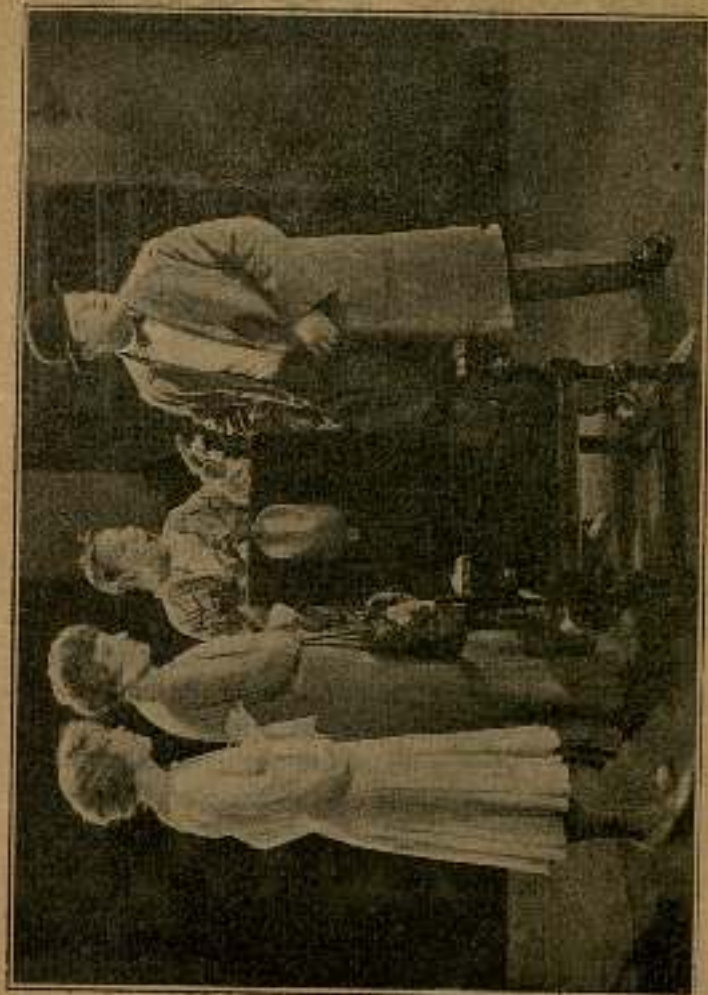
— Eso que usted dice está muy bien, señor Bailey — le dijo — Pero es necesario ver si averiguamos quién es... Por consiguiente, vamos a registrarle, a ver si lleva algún documento que permita su identificación.

Así lo hizo el «sabueso», con resultado negativo. Ni en los bolsillos de su pantalón, ni en otro que lle-

vaba en la camisa se le halló otro objeto que un pañuelo sin iniciales. Ni papeles, ni cartera, ni armas, ni reloj... Nada que permitiera establecer la menor pista para averiguar quién era aquel hombre ni de dónde venía, ni qué le había ocurrido.

— Completamente indocumentado — confesó Anderson, un poco decepcionado. — Cualquiera sabe de dónde viene este hombre!

Esto tal vez nos lo diga Moletti cuando le vea — replicó Bailey. — Me voy a ver si puedo dar con él.



¡Oh, mirad! Mirad! — exclamó Elise.



XVIII

Iba a salir Tomás cuando Elisa lanzó un grito de espanto y de terror.

— ¡Una sombra! ¡Un enmascarado!

Como siempre, la criada había sido la primera en descubrir la fantástica silueta de «El Murciélago». Llevaba en la mano una linterna, que suspendía en el aire como una pupila fosforescente.

Anderson, haciendo esta vez un esfuerzo de flaqueza, fué a lanzarse en persecución del bandido. Mas éste, con agilidad pasmosa, empezó a trepar por una de las paredes de la casa que daba al jardín.

Desde su increíble asidero entre las hiedras, como desde cualquier punto en que se hallara, «El Murciélago» mantenía enhiesta su bandera de terror.

En su persecución, Bailey, que se había puesto al frente de todos, como un general que reorganiza sus huestes, recorrió todas las habitaciones de la

casa, con ánimo de cortar la salida al «Murciélago». Pero todos sus esfuerzos estrelláronse ante la imponderable habilidad del bandido, que parecía burlarse de sus perseguidores.

— Está visto que dentro de la casa nada logramos — dijo Bailey a Diana. — Va a ser preciso buscar por el exterior.

Y se dispuso a ascender al tejado. Diana, temiendo por la suerte de su prometido, dijo al jefe de la policía secreta, cuya inacción y apatía empezaba a ponerla nerviosa:

— Usted debe acompañar a Bailey, señor Anderson...

Semejante perspectiva no encantaba ni muchísimo menos al «sabueso». Por ello repuso, haciendo un gesto negativo:

— ¡Oh, no!... ¿Para qué?

— ¿Para qué? ¡Usted dirá!

— ¡Ya lo creo que diré! — exclamó airado Anderson. — ¡Basta y sobre con que sea uno quien afronte el peligro!

Satisfecho de haber hallado aquel argumento de aplastante lógica, a lo menos, para él, Anderson se detuvo, indudablemente, para tomar aliento. Y después, como quien acaba de descubrir algo definitivo, añadió:

— Además... Si yo me separo de ustedes, quedarán sin amparo...

Diana estuvo a punto de soltar la carcajada.

¡De gran cosa servía el «sabueso», como no fuera para estorbar!

— ¡A ver quién defendería las preciosas vidas de ustedes, caso de que les atacara «El Murciélago»! — terminó diciendo el jefe de la policía secreta de Oakdale.

Pero Bailey impuso su voluntad.

— No, señor, no — exclamó con vehemencia —. Aquí estamos sólo nosotros dos, y no es cosa de que yo me encuentre solo, y no porque tenga miedo, sino porque para descolgarme por medio de una cuerda, como me propongo, ha de ayudarme alguien, y ese alguien, como usted fácilmente comprenderá, no va a ser ni la señorita Van Gorder, ni la señorita Ogden, ni Elisa... ¿Ha comprendido el amigo?

«El amigo» comprendía perfectamente, aunque le hacía muy poca gracia.

— Bueno... bueno... dijo. — Si usted se empeña... Pero yo declino absolutamente mi responsabilidad si a las señoritas les ocurre algo durante nuestra ausencia...

— A las señoritas no les ocurrirá nada, por la poderosa y sencilla razón de que subirán con nosotros al tejado, en primer lugar, porque no es cosa de que se queden solas, y en segundo lugar porque necesitaremos de su concurso, aunque nada más sea para que vigilen si ven por alguna parte al «Murciélago». De manera que no tenga usted miedo, señor Anderson.

Esta vez el policía se creyó en el caso de protestar.
— ¡Miedo yo? — gritó airado. — ¿Por quién me ha tomado usted?

Yo no le he tomado por nada ni por nadie, señor Anderson — replicó Tomás. — Le he dicho y le repito que deseche los temores que abriga de que le ocurra nada a nadie porque vayamos al tejado, único lugar desde donde creo que se puede intentar algo práctico para pescar a ese bandido.

— ¿V Chokichi? ¿Qué haremos de Chokichi?

— Chokichi se quedará vigilando al desconocido ese, que no sabemos de dónde ha venido, pero al que no quiero dejar solo, por lo que pudiera tramar. Conque vamos todos arriba, que si perdemos más tiempo en discusiones inútiles, el pajaraco se nos va a escapar y dentro de un rato volverá a comparecer a darnos otro susto!

Y Tomás empezó a subir, seguido de los demás, las escaleras que conducían al tejado.

XIX

Llegaron todos al desván que conducía al tejado. ¿Era allí donde se ocultaba el bandido? Por más rebuscas que hicieron, fueron inútiles sus esfuerzos para hallar la pista del bandido.

— ¡Ese «Murciélago» debe haberse volatilizado! — dijo Anderson.

— ¡Calle usted, y déjeme hacer! — replicó Tomás, «quien las observaciones del jefe de la policía secreta de Oakdale molestaban sobrenancera. — Se haya volatilizado o no, nosotros hemos de hacer cuanto al alcance de nuestras fuerzas esté para dar con su paradero.

De pronto Tomás Bailey dió un grito.

— ¡El banquero Fleming no murió! — dijo. — ¡Acabo de verle cruzar por el tejado! ¡Sí... sí...! ¡Es él, Conrado Fleming!

Anderson, al oír aquellas palabras, abrió unos ojos como dos naranjas.

— ¿Qué dice usted?

— ¡Lo que oye!

Salieron todos al tejado. Todos, menos Dana Ogden, que se quedó en el desván, atraída su atención por un extraño rayo de luz que filtraba por entre las junturas de la chimenea.

Será preciso intentar la entrada por la ventana más próxima al alero — observó Tomás. — De esta manera veremos si mientras hemos subido aquí, «El Murciélago» se ha refugiado en alguna de las habitaciones del último piso, porque en los otros es imposible.

Deciendo estas palabras, Bailey observaba cuidadosamente los contornos. Tomó una cuerda y fué a atar uno de sus extremos a la cintura del policía.

— ¿Qué va usted a hacer? — interrogó éste, alarmado, como siempre que veía alguna labor propia de su profesión en perspectiva.

— Deseche el pánico, señor Sabueso — le dijo Tomás Bailey, que ya empezaba a tomarle el pelo. — El trabajo de usted será sólo de contrapeso. Yo me ataré la otra punta de la cuerda a la cintura.

Así lo hizo Tomás, pero apenas hubo empezado su descenso, Anderson, que estaba temblando, resbaló y fué a quedar suspendido en la vertiente del tejado opuesta a la que utilizaba el ex cajero de la Banca Oakdale para descollarse.

Iba y venía de un lado a otro el policía, colgado en el vacío como el badajo de una campana, gesticulando, petaleando y gritando desesperadamente.

— ¡Esto es una suspensión con todas las de la ley! — dijo Elisa, que a última hora había optado por tomárselo todo a broma. — ¡Qué lástima de patente para una fábrica de automóviles!

Así estuvieron largo rato hasta que se rompió la cuerda y Anderson fué a caer entre la hojarasca del jardín, sin hacerse daño, afortunadamente, pero dando al pobre Chokichi, que estaba allí cerca, un susto de los que hacen época. En cuanto a Bailey, como se agarró a tiempo a la repisa de una ventana, tampoco salió lesionado del cómico accidente.

Diana seguía en el desván e intrigada por la lucecita que se filtraba por la chimenea, empezó a buscar por entre las junturas de la puerta, con el objeto de descubrir si allí había algún resorte.

Tenía un secreto prescelimiento de que allí se encontraba la famosa habitación secreta.

Y no se equivocaba.

En un ángulo apareció un minúsculo pulsador, apenas visible. Diana lo oprimió y bien pronto giró la chimenea, dejando al descubierto una entrada capaz para una persona.

El aposento secreto estaba descubierto!

Radiante de alegría, la señorita Ogden se precipitó dentro de la estancia, y con ayuda de una lámpara eléctrica de mano examinó cuidadosamente la cámara secreta...

Era una habitación de reducidas dimensiones, en la cual sólo había algunos cachivaches. Observó Diana más cuidadosamente y vió en uno de los ángulos un bulto cubierto con una manta.

Apenas había quitado de allí, ante su vista apareció una caja de candales, nuevecita, flamante...

¡Allí se encontraban, sin duda alguna, los doscientos mil dólares robados de la Banca Oakdale, los doscientos mil dólares que a juzgar por la extraña desaparición que había descubierto momentos antes Tomás Bailey, habían sido sustraídos por el propio presidente de la Banca, a quien todo el mundo creía muerto y que ahora, según todas las apariencias, vivía refugiado en el aposento secreto que tanto trabajo había costado descubrir y que sólo la casualidad había revelado!





XX

Infatigablemente se esforzó D'ana Ogden en abrir la caja de caudales. Estaba cuidadosamente cerrada y aun cuando hizo varias tentativas, no logró descubrir el secreto para abrirla.

Cuando más abstraída estaba en su tarea, una mano se posó en su hombro. Volvióse, y con sorpresa y espanto extraordinarios hallóse frente a frente al doctor Wells.

— No grite — le dijo éste con tono imperativo. — Sería una lástima que, por gritar, perdiera la vida una muchacha tan bonita.

Era a aquel momento, una puerta que daba al exterior se abrió, y una exclamación de angustia escapóse de los labios de la señorita Ogden.

— ¡El Murciélago!

Era, en efecto, el terrible bandido, cubierto su rostro con la horrible máscara del pájaro siniestro.

— ¡Necesito la comunicación que abre esa caja de caudales! — gritó «El Murciélago».

Por toda respuesta, Wells arrojóse sobre el bandido. Este, que sin duda aguardaba el ataque, contestóle con un terrible manotazo que casi le hizo caer... Entablóse el combate, encarnizado, horrible...

D'ana asistió a la fiera lucha de fantasmas, prisionera en la estancia, cuya calida impedía la suprema turbación de espíritu que experimentaba.

La violenta impresión sufrida pudo más que la extraordinaria entereza de su carácter. Sintió que su vista se nublaba y cayó desvanecida sobre el pavimento de la estancia secreta.

Entretanto, en la habitación contigua, Bailey, Anderson y Cornelia seguían sin saber qué hacer, cuando, de improviso, vieron aparecer al doctor.

— ¿Adónde iba? ¿Sabe que, acaso, conocía el recinto secreto?

La muda interrogación les tenía absortos, cuando un hombre, al que hacía rato no habían visto, llegó corriendo.

Era el detective Moletti.

Casi al mismo tiempo se vió pasar una sombra.

— ¡Detened a ese hombre! — gritó Moletti. — ¡Es «El Murciélago»!

Antes de que nadie tuviera tiempo de hacer un movimiento, apagáronse súbitamente las luces, mientras una exclamación de rabia se escapaba de los labios del detective.

Cornelia había encendido una lámpara eléctrica que llevaba. Del «Murciélago» no quedaba ni rastro. Pero, cosa curiosa, el doctor Wells estaba extraordinariamente pálido y procuraba evitar que su vista se encontrara con la del detective.

Este se acercó lentamente al doctor.

— Cuando ponga usted las esposas a un hombre — le dijo — tome siempre la llave de su bolsillo.

El doctor Wells, visiblemente desconcertado, siguió mudo.

— Usted fue el que apagó la luz y dejó escapar al «Murciélago»! — gritó Moletti encañonándole un revólver.

Sin resistencia, Wells se dejó maniatar.

— Si este hombre no es «El Murciélago» — dijo Anderson — indudablemente está en combinación con él.

Una vez reducido Wells a la impotencia, le encerraron en una habitación, descendiendo todos al piso segundo de la casa, donde, sentado en una silla, seguía el desconocido al que recogieran, medio idio- tizado, unas horas antes.

¿Pero, quién diablos es este sujeto? — dijo Moletti.

— Como no podía hablar, no logramos saber ni en qué forma pudo llegar hasta aquí — le contestó Anderson.

— Va verá usted como nos contesta — exclamó el detective.

Acercóse al incógnito individuo y, poniéndole la mano en la espalda, le preguntó:

— ¿Me conoce usted?

El desconocido levantó pesadamente la cabeza, dejándola caer sin pronunciar una palabra.

— ¿Ha oído usted hablar alguna vez del detective Moletti?

Tampoco respondió. Entonces Moletti dijo a Anderson:

— ¿Tiene usted un revólver?

— Sí, señor — repuso el «sabueso».

— Pues bien — exclamó Moletti — quédese aquí con el arma, y si este individuo intenta hacer el menor movimiento de huida ¡mátele!

— Este carguito, por lo menos, resulta más cómodo... pensó Anderson. Porque al lado del individuo este no hay miedo que me ocurra nada desagradable...





XXI

Y las pesquisas reanudáronse.

El resultado fué nulo, como las veces anteriores.

— Indudablemente — dijo por fin Moletti a Cornelia Van Gorder — nada hay aquí. Sin duda fueron todo alucinaciones producidas por la nerviosidad natural.

— ¡Alguien cruza en este momento por la montera de cristales! — gritó de pronto Bailey.

Bailey corrió hacia el aposento que daba a cuarto secreto, y viendo abierta la trampa se precipitó hacia el interior, hallando a Diana que empezaba a reco-brar el conocimiento.

Tomás contempló la caja de caudales, que estaba abierta, y un gesto de decepción se dibujó en su rostro. Indudablemente el dinero estuvo allí, pero acababan de llevárselo...

Y al tiempo que miraba hacia la ventana que daba salida al aposento, vióse una sombra, sonó un tiro, y una mano, que sostenía un maletín, apareció para esfumarse al instante.

Diana y Tomás corrieron al lugar donde había sonado la detonación y vieron a un hombre, tendido en tierra sobre un charco de sangre.

— ¡Conrado Fleming... muerto! — exclamó Tomás. — Entonces, no me equivocaba!

Entre ambos abrieron la maleta, en la que se hallaban los doscientos mil dólares de la Banca Oakdale.

— Nuestras sospechas no eran vanas, Diana — dijo entonces Bailey. — ¡Pué Fleming quien robó su propia Banca!

— Sin duda el doctor Wells era su cómplice — añadió Diana una vez Tomás le explicó lo ocurrido con Moletti. — Por ello debió fraguar la falsa certificación de su muerte en Colorado.

— El caso está bien claro. Acordaron repartirse el dinero y echarme a mí las culpas del robo...

Por el momento, Diana y Tomás habían logrado un triunfo: descubrir el dinero de la Banca. Pero, ¿y «El Murciélago»? ¿Quién era «El Murciélago»? ¿Wells? ¿Fleming?

El misterio iba a desenrrollarse bien pronto.

Muy a gusto le iba a Anderson en su custodia del desconocido, que le eximia de actuaciones peligrosas, aunque no las tuviese, como vulgarmente se dice, todas con él.

Paseábase tranquilamente de arriba abajo, vigilando sólo el revólver, que había dejado encima de una mesa, para evitar que se le disparase. En cuanto al misterioso sujeto le tenía sin cuidado, pues le reputaba absolutamente incapaz de hacer nada contra él.

Juzguen, pues, cuál fué la sorpresa del jefe de la policía secreta de Oakdale cuando, en un momento de descuido, levantóse el incógnito personaje, empuñó el revólver y le dijo:

— ¡Manos arriba y adelante!

El pobre Anderson, estupefacto, obedeció. Salíó de aquel lugar, y apenas hubo caminado unos cuantos pasos se dió de manos a boca con Bailey, Cornelia y Diana.

— ¡Manos arriba! — repitió el desconocido.

En aquel momento, Elisa llegó corriendo.

— ¡Está ardiendo el garage! — exclamó, llena de miedo.

— ¡Si les interesa a ustedes conservar sus vidas — dijo irónicamente el incógnito sujeto — acaten sin réplica mis mandamientos! Adelante!

Todos obedecieron. El desconocido siguió diciendo:

— Ese incendio del garage ha sido un ardid de «El Murciélago» para obligar a ustedes a abandonar la casa. Apaguen las luces y vamos hacia allá.

Hablaba con imperturbable aplomo. Los que, desde aquel momento, eran sus prisioneros, le contemplaban sin comprender quién era aquel hombre.

— Su vuelta no tiene más que un fin: llevarse el dinero de la Banca, ahora que está recuperado.

Llegaron cerca del garage, que ardía por los cuatro costados.

— ¡Alto! — gritó de pronto el desconocido. — ¡Ahí está!

En efecto: a pocos pasos de él se hallaba «El Murciélago».

El desconocido le apuntó su revólver.

— ¡Regístrelo usted! — ordenó a Anderson.

Este obedeció temblando, mientras el desconocido siguió diciendo, dirigiéndose a «El Murciélago», que no había ofrecido la menor resistencia:

— ¡Sin duda pensó usted que había acabado conmigo, cuando me golpeó hasta privarme del sentido y me dejó amarrado en el garage!

Anderson no halló nada en los bolsillos del bandido.

— ¡Quítele usted esa máscara horrible, aunque menos repugnante que su alma!

Así fué a hacerlo el jefe de la policía secreta de Oakdale, cuando «El Murciélago», de pronto dió un salto y emprendió precipitada carrera hacia el jardín. Mas no duró mucho su huida, porque a los pocos metros quedó inmóvil, sin que nadie, más que Cornelia, supiese explicarse la causa.

— ¡Quién había de decir a Elisa que el triunfo decisivo estaba reservado a su trampa de cazar osos! Allí había quedado preso «El Murciélago».

Todos corrieron hacia el lugar donde el bandido

había quedado preso. Anderson le quitó la máscara, y con extraordinaria sorpresa de todos, apareció ante ellos la figura del detective Moletti.

— ¡El detective Moletti soy yo! — exclamó entonces el desconocido. — Este bandido me encerró en el garage, me robó mis documentos y tomó mi nombre para sus criminales hazañas.

«El Murcélagó» escuchaba... Introdujo la mano en su bolsillo y sacó un revólver:

— ¡Arriba las manos, usted también! — gritó.

El auténtico Moletti se echó a reír.

— No veo para qué — replicó. — Yo saqué las balas de ese revólver hace diez minutos...

Anderson, con una enorme cuenta, etó a «El Murcélagó» a un árbol, dándole diez o doce vueltas... Coracelia contempló a Bailey y a Diana, y recordando los pasados sucesos, dijo:

— La primera vez que he mentido en mi vida ¡Pero he traído la verdad de nuestro reposo!

FIN

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

**200 retratos de artistas
— y 200 biografías —**

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO: 3 PTAS.

